
EL PICHINCHA

ESTUDIOS HISTORICOS, GEOLOGICOS Y TOPOGRAFICOS

POR

AUGUSTO N. MARTINEZ



INTRODUCCION

Quito, la hermosa capital de la República del Ecuador, se extiende en forma de soberbio anfiteatro al pie de la montaña volcánica, el Pichincha.

La forma de esta montaña, difiere completamente de la cónica, peculiar á la mayor parte de los volcanes. Por esta circunstancia ofrece singular contraste con su vecino, el Cotopaxi, cuyo manto de nieve, cubre hasta las mas insignificantes desigualdades de un perfecto cono, al que con justa razón, el sabio Humboldt, le llama "hecho al torno." El Pichincha, al contrario se presenta al expectador, en una serie de picos alineados en dirección N. E. á S. O. y cuyas faldas se articulan en anchos lomos, á modo de contrafuertes y profundos y estrechos valles, que en el país toman el nombre genérico de *hondones*; la parte superior está coronada de diferentes cúpulas.

Bajo el punto de vista geognóstico, debemos considerar en el Pichincha dos partes principales, bien definidas y completamente deslindadas, partes que son también perfectamente distinguidas con nombres propios por los indígenas.

La parte del N. E. de la masa volcánica, aquella en cuyo pie está Quito, es también su anillo más poderoso: un risco en forma

de rápida y dentelada pirámide de piedra. Es el Rucu Pichincha, el viejo, el padre Pichincha (4737 metros sobre el nivel del mar). *

En el lado S. O. se termina el macizo, en una montaña que desde lejos se conoce su verdadera naturaleza: rápidas pendientes, rodean á un cráter, del que, muy á menudo, casi siempre, se levanta una columna blanca de vapor. Es el Guagua Pichincha, el niño, el hijo Pichincha (4787 metros sobre el mar).

Entre la pirámide del Rucu y las faldas del Guagua, se levanta una tercera cúpula, en forma de viejo castillo, el Picacho de los Ladrillos. Algo retirado hácia atrás, sobresale el Pico de Paguampa (4639 metros), después el Padre Encantado y por último el Cundur-huachana, (*anidadero de los cóndores*). Estos picos, últimamente mencionados, son algo como los miembros del Rucu-Pichincha, y entre ellos como hemos dicho, se abren las profundas y estrechas gargantas, "hondones," de suelo más ó menos plano y cubierto de escombros de lava y piedra pomez; Palmas-cuchu, Altar-cuchu, Verde-cuchu, Yana-cuchu, San Diego-cuchu, Quilloturu, Dispensa y Dacarpo, son los mas importantes. La ensillada que une al Picacho de los Ladrillos con el Guagua-Pichincha, se llama Nina-urcu, Montaña de Fuego (4411 metros sobre el mar).

No es empresa ardua verificar una ascensión al cráter del Guagua Pichincha; las descripciones que de ella hace, el ilustre viajero A. de Humboldt, son en algún tanto, exageradas. Mucha razón tiene el Dr. Wolf al decir, que la subida al cráter, "ya pertenece á los paseos de los quiteños," puesto que se la hace á caballo hasta el pie del último y mas empinado cono, que mide solo 400 metros de altura y que se sube á pie sin dificultad. La propia experiencia corrobora esto: ¡cuántas veces he vagado por esa montaña, con diferente rumbo, hollando sus cúspides mas altas, sin haber encontrado serias dificultades que vencer!

Pero, si para el turista la ascensión á las cimas del Pichincha no presenta dificultad alguna, no sucede así para el geólogo, porque la orientación en los variados contrafuertes y escombros volcánicos, que constituyen al macizo de la montaña, es en extremo difícil. Debo confesar, que todas mis excursiones á la cima, al rededor de los picachos, por sus quiebras, sus rocas escarpadas y

* En la incertidumbre en que estamos acerca de la aplicación de los nombres de Rucu y de Guagua á las dos cúpulas principales del macizo del Pichincha, hemos optado por conservarlos tales como figuran en la Carta y Geografía del Dr. Wolf, ambas obras declaradas, nacionales, por el Gobierno. Cualesquiera otra modificación, acarrearía confusiones en la cartografía del país, confusiones que debemos en todo caso, evitarlas.—Sea esta la ocasión de advertir, que todas las medidas de alturas absolutas y relativas, en el curso de esta obra son las tomadas por los viajeros Reiss y Stübel, en los años de 1870—1874.

colinas de toba, no han sido suficientes para darme luz en la constitución vulcanológica y topográfica del Pichincha.

La vida volcánica, que ya se extingue, se ha reducido á un rincón de la montaña, rincón que no es, sino una insignificante fracción de la grande y complicada mole; pero con todo ese lugar es el refugio de manifestaciones de actividad claras y evidentes. En lo demás de ella no quedan sino los vestigios de su indómita acción eruptiva. En el día y desde tiempo inmemorial solo un silencio de tumba!

Desde hace muchísimos siglos, el Pichincha, descompuesto en su mayor parte en escombros y ruinas, debe su construcción primitiva, tanto á la acción de múltiples y repentinas acumulaciones, cuanto á la de una descomposición, ya lenta y progresiva, ya impetuosa y verificada por sacudimientos, dándose ambos modos la mano, en el cambio mas variado y ofreciendo por último un problema apenas descifrable.

Y decimos, apenas descifrable, porque se debe agregar á las dificultades de su estudio, la circunstancia fatal para el geólogo, de que la enorme mole, con sus extensas lomas y jorobas, con sus redondeadas cúspides y eminencias, con sus castillos de piedra dentelados y que se levantan enhiestos en el aire, con sus gargantas estrechas y sus valles abiertos, está cubierta con un manto continuo y espeso de vegetación, salvo algunas hendiduras y cortes insignificantes. Esta vegetación no consiste, á lo menos en los declivios orientales de selvas espesas, (la peor contrariedad para el geólogo), sino de plantas herbáceas, arbustos entreverados ó agrupaciones de árboles enanos, que aunque permiten hacerse cargo detalladamente de los contornos exteriores, y formas de relieve, impiden el reconocimiento de las especies de rocas que constituyen el esqueleto de la montaña, de su extensión y distribución, haciendo de este modo imposible, el estudio de su estructura interior.



PARTE HISTORICA

I^o—LAS ASCENSIONES CELEBRES AL PICHINCHA

Sumario.—Toribio de Ortiguera.—Los Académicos franceses.—La Condamine y Bouguer.—Humboldt y sus tres exploraciones.—Boussingault y Hall.—Wisse y García Moreno; primer descenso al cráter del Guagua Pichincha; Segunda exploración.—Jules Remy y Brenchley.—Moritz Wagner.—Reiss y Stübel.—Wolf y Dressel.

I^o—Toribio de Ortiguera

Acerca de la ascensión de Toribio de Ortiguera, *el primer europeo*, dice el Dr. Wolf, *que impulsado por la curiosidad, subió al cráter del Pichincha, después de la gran erupción de 1582*, tenemos los siguientes datos.

En las Anotaciones y Suplementos (N^o 39) de la Geografía y Geología del Ecuador, por el Dr. Wolf se lee:

Erupción del Pichincha en 1582.—De esta erupción no existe ningún documento, según parece, en la República del Ecuador, ni la mencionan los historiadores. La noticia debemos al Señor Jiménez de la Espada, quien en el Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid, Tomo XXIV (1888) publicó un artículo bajo el epígrafe "*Una ascensión al Pichincha en 1582.*" Este artículo muy interesante contiene noticias biográficas sobre Toribio de Ortiguera, y un extracto de su obra inédita, intitulada "Jornada al río Marañón, con todo lo acaecido en ella y otras cosas notables, dignas de ser sabidas en las Indias occidentales del Perú, dirigido al felicísimo don Felipe III, Príncipe Nuestro Señor." El manuscrito es firmado en Sevilla, no mucho después del año 1585, en que su autor regresó de las Indias á España.

"Dicho Toribio de Ortiguera," agrega el Doctor Wolf, "formó parte de una comisión exploradora, que subió al cráter del Pichincha en los días 28 y 29 de Julio de 1582, pocos días después de la erupción. La relación, que Ortiguera da de esta excursión, forma un agradable contraste con la del Doctor I. Romero, escrita en 1660, y la cual he publicado en el Apéndice de mi Crónica. Ortiguera es un observador perspicaz y describe en su precioso documento (como luego lo vamos á ver) el Pichincha y su cráter con una sencillez y precisión que no acostumbramos encontrar en los escritores de aquella época. Lo curioso es, que el cráter del volcán y su fondo, presentó en 1582 exactamente las mismas formas y accidentes que hoy, como los describen los geólogos que en nuestro siglo han bajado al cráter. De consiguiente

las erupciones posteriores, inclusa la más grande de 1660 no han alterado esencialmente la forma de la boca volcánica."

Ahora dejemos la palabra, al mismo Toribio de Ortigueira. *

"El año de 1582 sucedió en la ciudad de San Francisco del Quito de los reinos del Perú, siendo yo alcalde ordinario de ella aquel año por S. M., que habiendo venido nueva que se había hundido la ciudad de Arequipa de dicho reino, con un gran temblor que en ella hubo causado de un volcán que estaba cerca de allí, y saliendo huyendo los vecinos de ella, con el gran temor del gran ruido y terremoto, no pudiéndolo hacer tan á su salvo, muchos de ellos y de los naturales indios se habían hundido dentro y muerto, como en efecto fué verdad, sin que (ninguno) de ellos pareciese. A la propia sazón que llegó esta nueva á la ciudad de Quito, se echó fama que se había pronosticado en la ciudad de los Reyes del dicho reino, que á los 15 de Junio del mismo año de 82 se había de hundir la ciudad de Quito con un terremoto y temblor que había de causar el volcán con mucho fuego y piedra que de sí echaría; el cual volcán está á tres leguas de ella, en un cerro alto, á la parte del Poniente, quedando ella al Oriente. Y fué tanto el temor que puso en la gente, viendo que había sido verdad lo de Arequipa, que tres ó cuatro días antes que llegase el término del falso pronóstico, y sin que hubiese mudanzas en el tiempo ni de que pudiese proceder, salieron huyendo de la ciudad la gente menuda y alguna de ella granada, y fueron más de las dos partes del pueblo, que fué gran escándalo para los que quedamos en él, por estar con algún temor de que podía suceder, aunque nos aseguraban no haberse podido descubrir quién hubiese traído tal nueva, ni había carta ni rastro de tal pronóstico, sino que verdaderamente fué echada por algunos indios hechiceros; porque las personas que en aquella coyuntura habían venido de la ciudad de los Reyes, no sabían tal cosa ni allá lo habían oído, aunque traían relación de la hundición de Arequipa; pero con todo esto, era tan público en Quito, que no se trataba de otra cosa."

"Y estando en este conflicto, aguardando lo que Dios fuese servido de ordenar, con mucha contrición y arrepentimiento de los pecados todos ó los más de pueblo, acaeció que á los 14 de dicho mes, (Junio), año y día jueves por la mañana, amaneció quemándose con grandísima furia este volcán más de lo que otras veces solía hacer, y echaba de sí tanta cantidad de fuego revuelto en una espantosa nebrura de negro de humo, con tanto ruido

* Extracto del artículo de Marcos Jiménez de la Espada, Una ascensión á el Pichincha en 1852.—Reproducido en la Revista Ecuatoriana, Setiembre de 1891. N.º XXXIII.—Quito.

y estruendo de acelerados truenos que salían á vueltas de ello de lo profundo y cavernoso del propio volcán, que á todos nos ponía mayor temor y aflicción, entendiendo que venía á ser verdadero el falso pronóstico, pues en la víspera de él había tantas y tan extrañas señales. El remedio que tuvo fué el mayor y mejor, que en semejantes casos se debe tener, acudiendo á Dios como á padre de misericordia, suplicándole con grandes plegarias, oraciones y sacrificios, y con grandes clamores de campanas y estaciones, visitando las iglesias y monasterios todo el día y lo mismo la noche siguiente, con una procesión de muchos disciplinantes, para que Su Divina Magestad fuese servido de alzar la mano de tan riguroso castigo, como fué el con que nos estaba amenazando; y por su Divina Clemencia fué servido que poco á poco se iba aplacando, y con llover cantidad de ceniza con alguna agua aquel día y otro siguiente, se quedó así por entonces."

"Después de esto, miércoles adelante 11 días de Julio de dicho año, entre las 3 y 4 de la tarde, estando el tiempo muy sosegado y sereno y sin pensar semejante cosa, comenzó á caer mucha cantidad de ceniza y agua, y cayó este día y el siguiente tanta fuerza de ella, que se cubrieron todos los campos, calles y plazas y tejados de la ciudad de ceniza, y hubo partes por donde se destendió esta ceniza por más de 10 leguas conforme corría el viento, con no poco espanto puso. Viernes y Sábado estuvo el tiempo sereno hasta el Sábado en la tarde á la oración. A esta hora, 14 de Julio comenzó el volcán á echar de sí algún humo negro y espeso, y como es tan ordinario, no se hizo caso de ello; hasta que después de la media noche, hizo tan gran ruido y estruendo, que parecía hundirse el mundo. Con este terremoto despertó el pueblo despavorido de tal manera, que todos nos levantamos de las camas; y era tanta la piedra viva que llovía arrancada del propio volcán mezclada con ceniza, con tanta priesa y velocidad, que hacía gran ruido en los tejados, más que cuando graniza muy récio y espeso. Había entre estas piedras algunas como garbanzos y lentejas, mayores y menores; y esto duró desde la hora dicha hasta otro día que amaneció, entre 5 y 6 de la mañana, de lo cual quedamos todos maravillados y espantados, por no se haber visto jamás llover piedras aquel volcán. Abrieron las puertas de las iglesias, y hubo muchas devotas estaciones de religiosos y seglares y disciplinas, que todo movía á mucha devoción; hasta que fué Dios servido que como iba amaneciendo, se iba aplacando poco á poco; aunque todavía llovía ceniza y la llovió domingo y lunes adelante, sin parar."

"Después de esto, como cosa que había causado tanta admiración, deseosos de ver por vista de ojos una cosa tan extraña y de donde procediese la causa de ello, determinó el licenciado

Francisco de Uncibay, oidor que á la sazón era (en la) audiencia de aquella ciudad, de irlo á ver personalmente. Convidó, con determinación de que se dijese allá misa, á Don Alfonso Aguilar, cura de la santa iglesia catedral de Quito, y á Juan Sánchez Miño, clérigo beneficiado de Riobamba y al capitán Juan de Galarza, alguacil mayor de Corte y al capitán Don Juan de Londoño y á Toribio de Ortiguera, que es el que escribe esta relación; demas de los cuales fueron muchos españoles é indios é indias, negros y negras de servicio."

"Salimos de Quito sábadó despues de medio día, 28 de junio de 82; dormimos aquella noche en un vallecito que se hace á media legua, poco más ó menos, al pié de él, después de haber subido dos leguas y media por un cerro y quebradas arriba, que todo esto se subía desde Quito á él, excepto una quebrada muy profunda y honda que hay después de haber encumbrado un cerro, la cual es gran defensa y amparo para que este volcán no pueda caer sobre la ciudad de Quito. Llevamos muy mala noche de frío, por no haber llegado los indios que nos llevaban las camas, y lleváramosla peor, si no fuera por unos arbolitos pequeños que por allí había llamados chiquiraguas [chuíras ó chuquiraguas], que, aunque muy verdes, ardían como tea, los cuales se crían entre la nieve y hielo. Otro día domingo, por la mañana, dejando allí, todo el caruaje y cabalgaduras con alguna gente de servicio que nos guardase de comer, subimos á pie el cerro arriba, por ser muy áspero y de terribles peñascos, todos cubiertos de ceniza, nieve y hielo, con aire tan recio y frío, que nos cegaba con la ceniza; y con el mucho frío hubo muchos que se almadiaron como si estuvieran en una muy recia y tempestuosa tormenta de la mar."

"Llegados que fuimos á lo alto de la boca del volcán ó boca de fuego, porque no hubo cosa que lo impidiese, es en esta manera. Que está un cerro más alto y enriscado de todos cuantos hay en aquel circuito, en medio del cual está un espacioso hueco, en que había, al parecer, más de quinientos estados de hondo, y en el principio y redondo por la boca tendrá una legua de círculo. En lo bajo de esta boca hace una ancha plaza, en medio de lo cual hay un peñol no muy alto, el cual se está quemando entre sí por muchas partes y sale de él infinidad de humo, y lo mismo sale de muchas partes de la plaza. Este peñol es de color azul, amarillo y colorado y negro, como á manera de metales ó minerales. Pasado este peñasco, en medio está una grande y profundísima boca, á la parte del Poniente, que á esta no se le pudo ver el suelo, por el mucho y extenso [¿intenso?] humo fuego y ceniza que echaba de sí. Por este lado tiene un desaguedero muy ancho y hondo que sale á unas quebradas y río que está

más abajo, por el cual desagua la mayor fuerza de aquella fortaleza; y en este tiempo que hizo tan grande sentimiento como se ha visto, echó por aquella canal ó quebrada grandísimos peñascos de piedra azufre ardiendo revueltos con tanta agua y ceniza, que destruyó y asoló en la provincia de los Yumbos muchos montes y grandes sementeras de algodón, comidas frutales, cañas dulces de los indios de aquella tierra."

"Estos humos que salen desde el peñón y del llano de la plaza, ninguno muestra boca más de sola la grande que está dicha, y á mi ver son ordinarios en salir, aunque no todas veces suben [se ven] estos humos en Quito; y en el tiempo que mayores efectos hace, es cuando mayor seca hay en todo el año."

"Pareciéonos á todos los que allí fuimos, que la causa de la tormenta y ruido pasado había sido un gran pedazo de peñón que se estaba quemando más que los otros á la parte más honda de esta boca, la [el] cual se había caído en aquellos días pasados sobre su desagadero, y con la gran furia que cayó y la fuerza que llevó consigo al caer, topó con la fortaleza del fuego que está debajo, la cual, cobrando mayor fuerza con semejante violencia, hizo volver aquella piedra y ceniza hasta la región del aire, el que lo arrojó hácia la parte donde más corría; y el terremoto y estruendo fué al tiempo que cayó en aquella gran hondura, causados del mismo aire y fuego que se encontraron en las cavernas de la tierra; y fué causa que nos afirmásemos en esto, porque al tiempo que estuvimos allí mirando y notando este monstruo, cayó en aquella parte más honda un pedazo de risco que se estaba ardiendo, el cual causó mucho estruendo y revocó y echó fuera mucho humo y muy hediondo, que lo subió hasta las nubes."

"Los riscos que tiene en la boca son de muy fina y áspera peña sin mezcla de metal alguno, y el mayor es hácia Oriente, entre el volcán y Quito. A legua y media y á legua de esta boca hallamos mucha cantidad de piedra que había salido de este volcán, del tamaño de nueces, castañas y avellanas, las cuales eran tan livianas como si fuesen de alumbre quemado, y otras como guijos, á manera de piedras pómez."

"Tiene esta boca una extraña contrariedad, que con haber en lo bajo y hondo de ella fuego y humos que se han visto, al principio y altos de ella hace tan terrible frío y en tanta manera que ninguno de los sacerdotes que fueron pudo decir misa, ni tampoco donde habíamos dormido."

(Continuará).